

RESSENYES

***Mente y conocimiento*, VICENTE SANFELIX (Presentación de Jacobo Muñoz). Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, 413 págs.**

Desde las primeras líneas el autor de la presente obra define un objetivo radical, ambicioso y preciso: la destrucción tanto de la teoría del conocimiento como de la filosofía de la mente. Esta propuesta, que de entrada puede parecer excesivamente destructiva y contundente, se matizará con argumentos densos y precisos a lo largo del libro. La destrucción no se define únicamente de forma negativa, sino que después de recorrer buena parte de la filosofía moderna y contemporánea, se señalarán de forma abierta posibles nuevos caminos que seguir. Ahora bien, primero se reconoce la inviabilidad de una teoría del conocimiento originada en Descartes y se rechaza claramente el naturalismo radical y el cientifismo. En cualquier caso, para Sanfélix, la destrucción de la teoría del conocimiento no supondrá la eliminación de sus problemas clásicos, que serán más bien reformulados.

En la introducción, el autor necesita dejar claro en primer lugar qué entiende por *Teoría del conocimiento*. Excluye de ella el tratamiento filosófico del conocimiento en griegos y medievales, pues la considera una disciplina propia de la modernidad, vinculada a una metafísica de la subjetividad de raíz cartesiana. Por ella, los antiguos problemas sobre el conocimiento adquieren un carácter nuevo, a la vez que nacen nuevas cuestiones. Sin embargo, la prioridad arquitectónica que define a esta nueva disciplina entrará claramente en crisis ya en el siglo XIX y proseguirá (aunque no de forma unánime) en el XX, como ha descrito Ch. Taylor en *La superación de la epistemología* o como plantea Rorty en *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Los rasgos que según V. Sanfélix caracterizan el distanciamiento respecto del proyecto epistemológico son: la oposición a la principalidad y normatividad de la teoría del conocimiento, el relativismo y el historicismo, el antifundacionalismo, la crítica del sujeto, el holismo, el antirepresentacionalismo, el reconocimiento de intereses no meramente teóricos del conocimiento y la sospecha acerca de la ética individualista ilustrada.

En cuanto a la filosofía de la mente, a pesar de ser más reciente, su situación es análoga a la de la teoría del conocimiento y es afectada por la crisis de esta última. También la noción de mente, en el sentido que le hemos

dado a partir de Descartes, va unida a la modernidad y a los nuevos problemas sobre la relación mente-cuerpo, o el del conocimiento de otras mentes.

El discurso del autor se define por dos elementos no muy habituales y que en cambio demuestran ser muy fecundos: (1) en contra de un posición que no es inusual, defiende la necesidad de no prescindir de la conciencia histórica en la comprensión de las cuestiones tratadas por la teoría del conocimiento y la filosofía de la mente, (2) reconoce que no hay que ignorar las consecuencias o implicaciones morales de las propuestas epistemológicas. El primer elemento, el histórico, marcará la estructuración de los capítulos del libro; el segundo acompaña el discurso de forma que irá aflorando en momentos determinados (no muy frecuentes, pero esenciales).

Sanfèlix argumenta que la hostilidad hacia la conciencia histórica en estas disciplinas no es casual, sino que obedece a un prejuicio: el de presuponer que el conocimiento y la mente son realidades absolutas e intemporales. Ahora bien, puesto que las teorías que ponen en crisis a la teoría del conocimiento y a la filosofía de la mente a menudo afirman que conocimiento y mente son históricos, no parece que se pueda obviar esta dimensión si se quiere afrontar la crisis. La ahistoricidad es falsa, lo que en realidad existe es una historia implícita y en ella debemos ahondar para avanzar; de otro modo lo implícito deviene dogma que contradice la vocación crítica propia de la epistemología. El autor lleva a cabo esta tarea en las dos partes principales del libro: (1) la destrucción de la teoría del conocimiento, a partir del problema de la justificación, (2) la destrucción de la filosofía de la mente, a partir del problema de la relación mente-cuerpo.

Así, en "Los avatares del fundamento" se parte del giro epistemológico cartesiano, que inaugura una tradición en la que la búsqueda de la verdad es una responsabilidad individual. De forma didáctica a la vez que erudita, se recorre históricamente la epistemología moderna (Locke, Hume, Kant, Hegel, Russell, Wittgenstein, Neurath, Husserl, entre otros), y se acaba con las concepciones anti-fundamentalistas (naturalización de la epistemología en Quine, pragmatismo y el último Wittgenstein). Pero tampoco se trata de una mera historia de la teoría del conocimiento, el nervio narrativo viene dado por el debate de los problemas epistemológicos mismos. Se concluye este apartado con la necesidad de admitir la quiebra del fundamentalismo y de reconocer una pluralidad de horizontes de comprensión. En cuanto a las implicaciones de este resultado respecto al proyecto ilustrado que había inspirado a la epistemología moderna, según Sanfèlix la destrucción de dicha epistemología no comporta la renuncia a tal proyecto. De hecho, el autor defiende la continuación del ideal de la Ilustración y reconoce que deberá retomar la cuestión con más detenimiento en otra obra. Sin reivindicar ninguna nueva forma de fundamentalismo, no por

ello declara caducas las nociones de objetividad y verdad, y propone hablar de teoría de la racionalidad en lugar de la teoría del conocimiento. Ello supone un estudio de la razón contextualizada y sin olvidar sus implicaciones morales. En palabras del autor: "La fiabilidad cognitiva de la ciencia ya no está en cuestión, pero al margen de que todavía hemos de aclarar más los múltiples factores de los que depende esta fiabilidad, es necesario no sucumbir a la tentación de reducir la racionalidad a mera instrumentalidad; estar alerta, por decirlo a la manera de Habermas, contra la conversión de la ciencia, y de la técnica con la que se retroalimenta, en ideología; una ideología de la que el naturalismo radical en filosofía y en ciertas ciencias sociales y humanas son expresión" (p.243)

En cuanto a la filosofía de la mente, después de debatir con detenimiento el problema de la relación mente-cuerpo en los autores más característicos y con relación a la evolución de esta disciplina desde el texto considerado fundacional de Ryle, se rechaza con Wittgenstein, Merleau-Ponty y Heidegger, la noción de mente de procedencia cartesiana: "La mente no es un ámbito unificado y autocontenido de fenómenos cuasinaturales, transculturales y ahistóricos, regidos por leyes estrictas, antes por el contrario es una realidad *ex-sistencial* (la modificación de una forma de vida, apuntaba Wittgenstein)" (pp.373-374) Por otra parte, el sujeto (de atribución psicológica) ha de entenderse como encarnado, incluso en cierto sentido puede denominarse persona, puesto que no es ni el cuerpo ni el alma. No obstante, todo ello deja muchas cuestiones abiertas y pendientes. El autor, aunque no da los problemas por resueltos, apunta que la noción clave es la de *agencialidad* (de un agente con cuerpo). Ésta sería la condición de posibilidad de llegar a ser autoconscientes y nos permitiría una noción alternativa a la causalidad humeana.

Según Vicente Sanfélix, quedan tres problemas indicados para seguir adelante con la ahora llamada "Teoría de la racionalidad": (1) la objetividad o verdad, indispensable con su fuerza normativa, y que no puede ser explicada como una mera intersubjetividad; (2) el relativismo, que parece seguirse del hundimiento del fundamentalismo y del reconocimiento de la pluralidad de sistemas conceptuales. No obstante, sugiere el autor, alguna forma de trascendentalidad habrá de reconocerse para que la misma noción de relativo tenga sentido; (3) los fines de la razón, en los que se debe matizar la concepción de Habermas y reivindicar que a la emancipación le es necesaria la autocomprensión.

La tesis del libro queda, pues, abierta tanto al debate como a la tarea de seguir pensando de forma constructiva las grandes cuestiones epistemológicas. La línea principal de la obra no es el único aliente para su lectura; de forma esclarecedora surgen múltiples espacios de debate a lo largo de sus páginas y extenso cuerpo de notas, todo lo cual permite, como mínimo, una segunda

lectura detallada de *Mente y conocimiento* con un buen conocimiento de la bibliografía más reciente sobre los temas debatidos.

Misericordia Anglès Cervello
Universitat de Barcelona

LL. BRIA, M. DOLTRA Y AAVV. *LOS LIBROS DE LOS FILÓSOFOS*. Diccionario-Resumen de 850 obras de filosofía y antología de citas. Barcelona, Ariel, 2004, 788 págs.

Esta obra es, según nuestro conocimiento la única existente en su género en lengua castellana, ofrece resumidos 850 libros de filosofía escritos a través de la historia del pensamiento.

Hay que decir, también, que la palabra filosofía está tomada en sentido amplio, así ofrece, además, recopilaciones de algunas novelas de la gran literatura como p.e. *1984* de G. Orwell.

Las obras recensionadas van desde los inicios de los presocráticos hasta la postmodernidad y más allá.

Los 850 extractos están ordenados alfabéticamente según sus títulos, por tanto, el hecho de buscar una obra puede presuponer un cierto conocimiento del autor.

La "Presentación" está dividida en varias secciones: "Toma y lee"; "Aclaraciones semánticas"; "Manual de instrucciones", "Puntualización sobre el lenguaje" y "Autores".

La primera manifiesta: "Nos place ofrecer esta obra como un intento de abrir las puertas de la filosofía a un público heterogéneo incluso poco curtido en filosofía". La segunda justifica el porqué de la inclusión de obras no pertenecientes al género filosófico propiamente dicho; la tercera hace aclaraciones sobre la selección de obras y la estructura del libro; la cuarta puntualiza el uso de algunas palabras como "sustancia" y "substancia"; la quinta presenta, simplemente a los autores.

Sigue un prólogo: "Libros, hogueras, laberintos", donde se expresa la principal intención del libro: "aspira a rescatar de las llamas del tedio (...) el enorme caudal de las obras que la historia de la filosofía académica -y no tanto- ha salvado de la quema, y que mantiene una precaria presencia en las bibliotecas de nogal".

No se han explicitado, como hemos dicho, los criterios de selección supuestamente dictados por la coordinación a los seis autores. Hay pensadores y obras no recogidas, pero el número de 850 es lo suficientemente grande para incluir los más significativos.

En la mayoría de resúmenes, además de compendiar el escrito se añade una valoración; a pesar de ser varios los participantes, las síntesis no parece presentar notables diferencias, ni en extensión, ni en contenido ni en su valoración, cuando la hay.

Como advierten los mismos autores, la principal virtud del libro consiste en suscitar en los lectores el deseo de leer la obra entera, pasando así de la mera erudición al conocimiento profundo.

Como es lógico, no podemos, de momento, pasar a valorar los diferentes contenidos, de los más de 850 artículos, pues se necesitarán largas horas y días de atenta lectura.

Hemos escogido, al azar, algunos artículos. De entre ellos los correspondientes a los escritos del maestro Kant, cuyo centenario celebramos este año, firmados por la profesora Marta Doltra. Dentro de la brevedad impuesta por la clase de libro, da una idea válida de cada uno de los trabajos kantianos, con un lenguaje preciso y altamente didáctico. Hay que suponer la misma tónica en los restantes artículos, máxime, teniendo en cuenta que la citada catedrática figura, junto con el profesor Bria, como coordinadora de la obra entera.

Los cuatro índices, con que se cierra el trabajo, podrán ser de gran utilidad para su consulta, además de los expresados en su presentación, tanto para los alumnos, como para los profesores.

Estos índices son (1) de autores en orden alfabético con los escritos relacionados, (2) de obras junto con sus autores, (3) temático agrupados por su contenido (Filosofía, Psicología, Sociología, Antropología, Epistemología, Metafísica, Ética, Teología, Religión, Política, Lógica, Derecho, Pedagogía, Estética y Cosmología.) El último índice (5) es de "Locuciones y Modismos" presentes en los textos e incluso en el lenguaje popular.

Los libros de los filósofos, en su conjunto puede ser de gran utilidad, además de lo expresado en su presentación, tanto para los alumnos, como para los profesores que se dedican a la docencia de tal asignatura. Sin descuidar a toda persona que desee informarse sobre materias filosóficas.

Cabe agradecer a los participantes su loable esfuerzo para acercar la filosofía a todo el mundo.

Manuel Satué

MAYOS SOLSONA, Gonçal. *Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder*. Ed. Herder, Barcelona, 2004, 429 págs.

Muchas son las observaciones que pueden hacerse a Kant con motivo de la celebración de este segundo centenario de su nacimiento. Y no todas tienen que ser forzosamente laudatorias, sino que algunas de ellas podrían ser críticas con toda legitimidad sin que por ello desmerecieran tal celebración, como las que ya en vida le hiciera a Emmanuel Kant su coetáneo Johann G. Herder. Pues bien, esta faceta crítica entre partidarios del racionalismo ilustrado (Kant) y partidarios del romanticismo populista (Herder) –puesta de manifiesto en una larga y profunda confrontación cuyo planteamiento es todavía vigente hoy–, es la que refiere en la obra aquí recensionada el profesor Gonçal Mayos, de la Universidad de Barcelona.

Articulada en cuatro partes, la obra comienza por presentar a los personajes principales de la confrontación, exponiendo lo nuclear de sus tesis contrapuestas: frente a la Ilustración alemana –más que «Ilustración» habría llamarla «Iluminación» (*Aufklärung*) con más propiedad– representada por Kant, Herder «se inscribe decisivamente dentro de la aspiración popular alemana (contraria al afrancesamiento tan importante de las cortes y las elites) a una literatura nacional que expresase el “espíritu del pueblo” (*Volksgeist*)» (p. 40). Como es lógico suponer, la divergencia de las tesis se hará radical en su concepción del destino del hombre, inscrito en dos filosofías de la historia completamente diferentes: frente al eurocentrismo de Kant, que quiere hacer extensivo el ideal ilustrado de hombre «a todo tiempo, circunstancia y país, sin excepciones», se alza el equilibrado historicismo de Herder que aun «destacando lo común de la humanidad en tanto que todos somos “hijos de Dios”», sin embargo «pone de manifiesto la gran diversidad cultural y lingüística humana» (p. 73).

Tras esta introducción que ya orienta en la polémica que sigue, el autor analiza con detalle los puntos que tienen en común los dos pensadores –no olvidemos que Herder fue discípulo de Kant– y las divergencias de sus respectivas filosofías. Así pues, entre los puntos comunes a la Ilustración y al Romanticismo representados por Kant y Herder, el profesor G. Mayos destaca en la segunda parte de su obra una misma «búsqueda de un orden racional bajo el caos aparente de la historia» que sea la «realización del ideal moderno de humanidad» (p. 133) –una teoría muy general que se concretará en la práctica de modos bien diversos, como se verá más adelante–, así como una cierta e inevitable teodicea «que vincula la razón filosofante [...] con la postulación y

presuposición de una instancia garante [...] heredera directa de la divinidad» (pp. 142- 143), sin duda más explícita en Herder (el Dios cristiano) que en Kant (la providencia, la naturaleza o el destino). Del mismo modo, si bien ambos coinciden en que el ideal de humanidad se ha de realizar en sociedad, para Herder esta sociedad será más inmediata y natural que la propuesta por Kant, basada en leyes que hay que elaborar.

Precisando la anterior, la tercera parte describe las diferencias entre los dos planteamientos, que el autor inscribe dentro del marco global de tres grandes oposiciones. En primer lugar plantea el «dualismo» de Kant y de la Ilustración, que al separar o escindir razón y Naturaleza posibilita el ejercicio de la libertad humana, que no es sino la negación de la necesidad en la Naturaleza. Frente a ese dualismo sitúa el autor el «monismo» de Herder y del Romanticismo, para quienes la razón es una facultad natural que obedece las leyes de la Naturaleza, de modo que toda oposición entre ellas responde a «un uso perverso e insano» (p. 244) de la racionalidad humana misma. La segunda gran oposición («dinamicidad y progreso»), conexas con la anterior, explicita la aparición de dos concepciones distintas de la historia, pues al romper el lazo causal del eterno retorno en la Naturaleza, la razón inicia con Kant una nueva serie causal que es la historia, aunque ésta se debata siempre entre el planteamiento de un progreso político formal y un progreso moral subjetivo que nunca se logra alcanzar; para Herder, en cambio, «Naturaleza e historia son obras de una misma divinidad y de un mismo proceso que las interpenetra» (p. 317), de modo que el progreso político es un elemento accesorio e incluso entorpecedor del progreso moral. La tercera oposición global explica cómo «lo mismo» o «el privilegio de la unidad» llevan a Kant a formular un plan de educación lineal y uniforme para toda la humanidad, de modo que –por duro que pueda sonar a los oídos de quienes hoy defienden la diversidad cultural– «la historia no estará acabada hasta que ello se realice e incluya a todos y cada uno de los pueblos, países y culturas sin excepción» (p. 332), mientras que con «lo diferente» o con «el privilegio de la diversidad» Herder defiende la variedad de culturas como manifestación suprema de la variedad en la Naturaleza, de la cual el hombre (sujeto de la cultura) es el último escalón de su variedad ascendente.

A modo de conclusión, la cuarta parte muestra la vigencia de la confrontación entre Kant y Herder (p. 407) centrándola en la problemática de la racionalidad y del sujeto, pues habiéndose ya iniciado ésta con la Ilustración y el Romanticismo sin llegar a resolverse, ha llegado hoy «al trágico momento en que [...] el sujeto...» se ha desbocado o desatado poniendo en peligro las esperanzas que en él habían sido depositadas» (p. 366). En este trágico momento, «toda realidad u ontología parece reducirse a ser obra y creación de

ese sujeto y sus ambiciones» de modo que «la imposibilidad de todo Sentido y todo Valor amenazan concluir la llamada “muerte de Dios”, cuando el hombre [...] ha ocupado el lugar del “absoluto”, al precio –según parece– de una desorientación dramática y de avanzar trágicamente en el largo proceso hacia el nihilismo» (p.367). Un proceso de nihilismo que, al parecer, tras la muerte de Dios ha de llevar a la muerte del hombre.

Un breve epílogo valorando la complementariedad –nacida de la polémica– entre la conciencia crítica de Kant y el humanismo «maldito» de Herder en el bicentenario de la muerte de ambos, así como una selecta bibliografía, cierran esta excelente introducción al debate y actualidad de las cosmovisiones ilustrada y romántica representadas por Kant y por Herder.

Josep M^a Romero Baró